

Utopías y pobreza. Los desafíos para el pensamiento crítico¹

José Luis Coraggio²

Los Científicos Sociales son portadores de un conocimiento distinto al común. Su papel no es mostrar lo evidente, lo que todos pueden ver. El papel de la ciencia es mostrar lo que no se ve aún cuando estemos ahí. Para ver más allá de lo evidente, los científicos usan conceptos, usan métodos rigurosos de pensamiento, inventan y aplican teorías e instrumentos. Pero el papel de la ciencia no es sólo decir lo que está pasando realmente, sino explicar por qué es así, por qué si es así nos parece otra cosa, mostrar las causas del movimiento real y del movimiento aparente.

¿En el caso específico de la pobreza, qué alcance tiene ese papel y que otras responsabilidades tienen los científicos sociales? Por lo pronto, parecería que describir la pobreza no agrega mucho saber a los pobres. Algunos dirán: ¿Quién va a saber más de la pobreza que los pobres? Incluso en las condiciones actuales, tampoco parece necesaria la ciencia para mostrar que la pobreza está aumentando. Un papel de las Ciencias Sociales es ver cuáles son las causas, por qué no se puede superar la miseria a pesar de que la sociedad ha podido generar riqueza y la capacidad para producir los alimentos y el abrigo que la humanidad necesita. Otro papel que le toca es el de descubrir qué posibilidades reales hay de superar la pobreza, qué condiciones deben cumplirse para lograrlo.

Utopías y pobreza

Hay quienes piensan que las utopías son algo extraño a la ciencia. No es así. Toda ciencia tiene una utopía de referencia y a veces en una misma ciencia hay diversas utopías, que dan lugar a distintas concepciones de la realidad. En lo social, la idea de una sociedad de hombres iguales es una utopía. Hasta donde sabemos, es imposible lograr que todos los hombres sean iguales. Pretender lograr la igualdad absoluta es como ser alquimista social. Pero una ciencia social orientada por este concepto puede darnos formas de gestionar la economía y la política que faciliten el acceso de todos a los beneficios materiales del desarrollo tecnológico, al conocimiento, a las más diversas formas del espíritu humano.

Hoy hay dos utopías que están compitiendo en el campo del pensamiento de la pobreza en las Ciencias Sociales. Una es la utopía del Mercado Absoluto y otra la de una Sociedad Solidaria. La primera utopía y su teoría económica orientan políticas dirigidas a perfeccionar al mecanismo de mercado, que pone a competir al hombre, a las empresas, a las ciudades y países. La segunda utopía y su

¹ Versión editada y reducida para esta publicación de la Ponencia "El Papel de las Ciencias Sociales en relación a la Pobreza", Participación en el Centro Mariápolis de José C. Paz, 1995, incluida en Coraggio, José Luis, De la emergencia a la estrategia. Más allá del alivio de la pobreza, EspaciO Editorial, Buenos Aires (2004)

² Actualmente Investigador Docente del Instituto del Conurbano, y director Académico de la Maestría en Economía Social, Universidad Nacional de General Sarmiento (Argentina).

política económica deja en manos de la política democrática ese complejo proceso para producir una voluntad colectiva capaz de autorregular y manejar con justicia los conflictos sociales. Una y otra pueden producir desastres si quienes las aplican no ven la dificultad o los problemas que trae confundir una visión utópica con la realidad posible.

Los resultados de la argumentación científica parecen depender de dónde se para el análisis, de las tesis que se quiere demostrar. ¿Pero entonces, en qué se diferencia la ciencia de una argumentación política? Vemos que la ciencia, que se supone que debe ser rigurosa, que debe ser objetiva, también puede ser usada para justificar lo que interesa lograr. Por ello es importante tener en cuenta también los usos que se pueden hacer de la ciencia.

Otra consideración relevante es la dificultad para decidir qué hay que hacer una vez que se reconoce un problema como el de la desocupación. Por ejemplo, la primera concepción teórica, la neoclásica, la que hoy predomina, dice:

“no hay más empleo porque el trabajo está caro. ¿Qué quiere decir que no hay suficiente empleo? Que no hay suficientes empresarios contratando trabajadores, ¿y porqué no contratan?, no contratan porque está caro. Entonces, si se bajaran los costos del trabajo, se contratarían más trabajadores y habría más ocupación.”

Esa hipótesis teórica justifica una serie de medidas que se están tomando para bajar los costos laborales. Pero los hechos parecen mostrar que aunque se bajen los costos del trabajo no aumenta la ocupación. Si quienes plantearon esas hipótesis estaban honestamente convencidos de ello ya tendrían que empezar a revisar ese dogma.

Hay otras concepciones, como la de CEPAL o la del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, que, al menos en su discurso, combinan algunos de los capítulos teóricos de la teoría neoclásica con la teoría del desarrollo y con un análisis histórico de casos concretos, y dicen:

“creer que un país va a ser competitivo en el mercado mundial bajando los salarios, quitando derechos sociales, empobreciendo a las mayorías, es tener la mirada muy corta, es tener una gran miopía, porque la historia y el presente muestran que son las sociedades con más integración social, con más cohesión, con más derechos sociales, las que pueden competir y desarrollarse de manera sustentable”.

Esas son justamente las sociedades donde el Estado ha mantenido una política activa de empleo o la cobertura de seguridad social. En el corto plazo se puede competir sobre la base de la sobreexplotación y la miseria, pero esto tiene patas tan cortas como el cortoplacismo del político electoralista. Si se quiere pensar en una nación competitiva de aquí a 10 o 20 años hay que pensar como estrategia, como

estadista, e invertir en la educación, en la salud, en la gente. Como esto requiere políticas estatales fuertes, esta posición sólo puede encarnarse desde el Estado, y requiere una fuerza política con una amplia base de legitimidad y apoyo social.

Otra perspectiva, la del alivio a la pobreza mediante la asistencia social focalizada, es la de quienes dicen:

“no vamos a centrarnos en el problema de cómo lograr el funcionamiento de la economía para el desarrollo, sino en el problema de cómo acabar con la injusticia. El problema es la polarización social, la desigualdad, la segregación y dualización social, el desempleo, la pobreza masiva al lado del enriquecimiento sin límites. La cuestión no está en el largo plazo, sino en hacer justicia social ahora. Redistribuyamos la riqueza y eso solucionará el problema. Si la pobreza es síntoma de una distribución desigual, redistribuyamos ya, resolvamos el hambre y otros déficits básicos.”

Estas políticas, básicamente de redistribución de ingresos o de acceso gratuito o subsidiado a ciertos bienes y servicios puede o no ir acompañado de manipulación política clientelística. Pero esta opción, de mejorar directamente la situación material de los sectores más pobres, tiene el problema de no ser suficiente ni autosustentable. La masividad de la pobreza hace que para aliviar realmente la pobreza habría que transferir recursos cada vez mayores porque las estructuras económicas intocadas no integrarían a las mayorías excluidas del trabajo, ni elevarían los salarios.

Ir más allá requiere que las ciencias sociales cumplan su papel de identificar las estructuras que están generando esta pobreza, para comprender que no se puede resolver aliviándola con la distribución de comida o remedios ni con una transferencia marginal y temporaria de ingresos.

Proponer a partir de las oportunidades actuales

Pero tal vez hoy el papel principal de la ciencia sea mostrar lo que no pueden ver ni los mejores observadores críticos: que esta realidad tan compleja e inmutable lleva en su seno posibilidades de cambio que pueden hacerse efectivas actuando desde el interior de ella misma. Que se pueden modificar situaciones que parecen irreversibles e incambiables. En ello ayudaría desarrollar teorías orientadas por una utopía de desarrollo humano y poner un pie firme en la experiencia histórica y en los procesos del presente. Se necesitan científicos que sean propositivos y no sólo analíticos.

Se ha venido proponiendo, por ejemplo, sustituir el asistencialismo por la promoción sistemática de una economía popular. Desde esa perspectiva los actuales programas de apoyo a la microempresa, los programas de desarrollo social, de salud, de alimentos, etc., serían reorganizados con un nuevo sentido. Lo que habría que lograr no es sólo aliviar la pobreza de corto plazo sino desarrollar estructuras económicas que generen una mejor distribución de oportunidades. Los

sistemas dedicados al desarrollo de la pequeña empresa muestran que un altísimo porcentaje de los emprendimientos desaparecen. Esa alta tasa de mortalidad indica que algo está mal en esos programas.

No se trata de darle más recursos a la misma política social, sino de cambiar su concepción, desarrollando una organicidad, una autosustentación dinámica de las actividades económicas populares. No se trata de aliviar la pobreza sino de poner en marcha “otro desarrollo” que permita erradicarla. Pensar desde la solidaridad orgánica, no desde la solidaridad mecánica, como dicen los sociólogos, que consiste en este caso en poner a todos los pobres juntos para que reciban, incluso para que ellos distribuyan los paquetes de ayuda, sin sacarlos de la pobreza.

La solidaridad mecánica que junta a los económica y culturalmente desposeídos no genera el desarrollo. La solidaridad orgánica, en cambio -basada en la interdependencia dinámica, donde la actividad, la iniciativa y creatividad de unos requiere e induce la de los otros-, supone una mayor heterogeneidad, necesita vincular a los sectores medios con los pobres, a los rurales con los urbanos.

Es importante centrarse en el desarrollo y efectivización de las capacidades humanas. Hay consenso entre quienes analizan el desarrollo y la economía, de que hoy la principal inversión es en los recursos humanos, en capital humano. Será necesario mostrar la factibilidad de un modelo económico mixto, donde se articulen una economía capitalista, una economía popular y una economía pública orientada por el bienestar general de todos los ciudadanos.

Cambios de sentido y cambio de prioridades

Pero harían falta además otros recursos y políticas adicionales. Las estadísticas reconocen niveles de concentración de la riqueza insoportables en América Latina. En muchos de nuestros países el 10% que controla el 50% de las riquezas no paga impuestos. Aún cuando no hubiera evasión, el sistema fiscal en sí mismo es regresivo en América Latina y con tendencia a seguir apostando a los impuestos al consumo aumentando aún más esa regresividad. Una reforma apropiada del sistema fiscal podría realimentar una economía popular que contribuya a resolver el problema de desempleo y las necesidades básicas insatisfechas.

También ayudaría cambiar las prioridades de la inversión: la infraestructura y los servicios públicos deben servir también a esa economía popular, y no solamente a las modernas plataformas financieras, a los puertos, a los centros comerciales. La inversión en infraestructura debe contribuir a reintegrar ciudades que tienden a ser duales. En esto los gobiernos locales juegan un papel fundamental.

Una economía popular con un alto componente de dinámica propia sería difícil de lograr sin rectificar la tendencia a la desregulación total del mercado. También ayudaría un cambio en la normativa jurídica actual que no está pensado para las microempresas, las cooperativas, para ese mundo de redes y asociaciones múltiples y cambiantes. Para promover la economía popular es necesario que

produzca bienes y servicios de calidad, capaces de competir. Pero la competitividad también requiere contrarrestar que cuando se compran productos que vienen de países donde se paga 17 centavos de dólar por hora, se sabotea la posibilidad de recuperar niveles y calidad del empleo en nuestros países.

Los estilos de gestión también inciden en la posibilidad de desarrollar una economía popular y erradicar la pobreza. Pasar de aliviar la pobreza a promover el desarrollo supone una transformación cultural que afecta a todas las instituciones. En particular es necesario darle una nueva relevancia al gobierno local. En todo el mundo hay tendencias a la descentralización, pero aun el ámbito municipal cuenta con recursos insuficientes y atribuciones reales. Se requiere que los municipios dejen de ser administradores de la crisis para ser gobiernos de las comunidades locales. La función municipal de promover el desarrollo local es fundamental y no se reduce a competir bajando las tasas y endeudándose para financiar infraestructuras que atraigan a las grandes empresas o los hipermercados que destruyen más empleo y recursos de los que generan.³

En esta propuesta se hace también evidente la gran relevancia de la economía doméstica, de las redes de solidaridad, la necesidad de admitir que la capacidad empresarial no es atributo exclusivo de los que usualmente consideramos empresarios. La propuesta también permite pensar en alianzas. Es muy importante no ver el desarrollo de la pequeña y mediana industria como contradictorio con el desarrollo de la economía popular, sino como potencial alianza económica, política y social. El desarrollo social requiere vincular orgánicamente sectores heterogéneos.

He tratado de mostrar que el papel social de la ciencia, la forma en que se inscribe en las prácticas sociales, no está dada por su naturaleza intrínseca. La ciencia puede ser usada para justificar lo injustificable; su lenguaje puede convertirse en manto científico usado para mostrar como ineluctable algo que es corregible. La ciencia también puede ser usada para recuperar el derecho a pensar libremente, que podemos cambiar nuestras condiciones de vida, que podemos cambiar la distribución desigual de la riqueza y del poder.

³ Sobre esto, ver: José Luis Coraggio, **“La gente o el capital. Desarrollo local y economía del trabajo.”** CIUDAD/ILDIS/Abya Yala, Quito (en prensa).